

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Los soportes del poder político. *Por José Lois Estévez.*

Los elementos del Estado según la teoría tradicional son tres: territorio, población y poder. Pero el poder necesita ser coonestado para resultar soportable, y por eso sin soportes ideológicos, es decir, pues por qué otra razón, si no por las creencias dominantes sobre la legitimidad obtienen asenso general los poderes públicos. Si un gobierno careciera de cobertura ideológica, mayoritariamente plausible, nadie podría evitar su derrocamiento en muy corto plazo, he ahí porque se ha producido en España una cadena tal de pronunciamientos en las dos últimas centurias. No estamos hoy ante un caso parecido. ¿Tiene el Gobierno actual una cobertura ideológica que le sirva de auténtica substentación? ¿Cuántas personalidades serían capaces de enunciarla? La legitimidad cuya definición y diagnóstico encierra tantas dificultades que no resultan accesibles a la gente común. Los gobiernos pueden así, aún desprovistos de todo título legitimativo, coonestar sus decisiones como presentaciones eufemísticas y mitos políticos divulgados como verdades. Montan pues todos, en su exclusivo provecho, un colosal servicio público de congraciamiento y propiciación propagandísticos.

El Estado tiene de peculiar y propio ese artilugio propagandístico de su poder, ¿se reducirá quizás a esa suma de esfuerzos para que se les perdone el mando a quienes lo ejercen? Presupuesta la nulidad de los actos antijurídicos, cualquiera que sea la persona de quien emanen, ¿cómo no postular el confinamiento de la Política en las fronteras de lo lícito, según Derecho? Hay, también, por otra parte, necesidades comunes que no se pueden satisfacer por insuficiencias presupuestarias, unas veces absolutas y otras relativas a cada presupuesto. Y, aunque en esta materia los administradores públicos traten a cada paso todo non plus ultra crematístico con su insaciable voracidad fiscal, tan pronto como han logrado soslayar una limitación, tienen que resignarse a sufrir otra. En los tiempos que corren, el fin que persiguen los gobernantes se muestra bifacial, como el dios Jano. Complacer a los más resulta, a menudo, el precio que debe pagar el hombre público para conservar su posición de preeminencia, y esto demanda estudios, buena formación y conocimientos amplísimos. El político necesitaría saber muchas cosas.

¿La definición de política es en sí misma un acto político? Quien ejerce el poder, sólo por eso resulta capaz de delimitar las misiones que quiere atribuirse. ¿Y le será posible a cualquiera dictarle al soberano lo que deba o no hacer?

En sentido contrario, uno debería demandarse si los gobernantes tienen, a semejanza de Midas, tacto mágico para convertir en oro político aquello en que les plazca ocuparse. Porque, no siendo así, algunos de sus actos no son acreedores a connotaciones políticas; entonces no podrá mantenerse la tesis anterior y habrá que buscar por otros derroteros la noción clave, apta para identificar lo político.

De pronto, casi de improviso, hemos venido a dar con la fórmula valorativa capital de toda política: “la fórmula para la optimización ponderada de los beneficios diferenciales resultantes o presuntamente obtenibles con cada actuación en servicio público”.